

Análisis de argumentación, sobre un texto de Emil Cioran

Por: Juan Pablo Posada Garcés*

Resumen. Este texto presenta un ejemplo de los pasos que han de seguirse en el análisis de cualquier discurso con carácter argumentativo. En este caso el análisis se realiza a partir del *Tratado de argumentación* de Chaim Perelman y L. Olbrechts-Tyteca, un trabajo al que se le atribuye haber rehabilitado la retórica aristotélica como medio y como estudio de la persuasión, de lo verosímil y de lo posible. Las primeras tres partes del texto se ocupan del análisis argumentativo propiamente dicho, en las tres últimas, a su vez, se hace una crítica tanto de la teoría de la argumentación como de los conceptos de Racionalidad, Modernidad y Auditorio Universal.

Palabras clave. Periodo argumentativo, tesis, argumento, teoría de la argumentación, racionalidad, auditorio, sugestión, emoción.

[...] lo sugerido es mucho más efectivo que lo explícito. Quizás la mente humana tenga tendencia a negar las afirmaciones. Emerson decía que los razonamientos no convencen a nadie. Entonces los consideramos, los sopesamos, les damos la vuelta y decidimos en su contra. Pero cuando algo es dicho o –mejor todavía– sugerido, nuestra imaginación lo acoge con una especie de hospitalidad.

J. L. Borges

El propósito de las palabras es transmitir ideas. Cuando las ideas se han comprendido las palabras se olvidan. ¿Dónde puedo encontrar un hombre que haya olvidado las palabras? Con ese hombre me gustaría hablar

Chuang-Tzu

El texto que presentamos a continuación ejemplifica la realización de un análisis de argumentación realizado a partir de la teoría de Chaim Perelman y Olbrechts-Tyteca¹. En este caso se trata del análisis argumentativo de un fragmento de *Retrato del hombre civilizado* del pensador rumano Emil Cioran. Este trabajo comprende de seis partes, a saber: 1. Presentación del texto. 2. División de este último en frases cuyo contenido proposicional es completo. 3. Diagramación de las proposiciones de acuerdo a las tesis y argumentos que se ofrecen. 4. Evaluación del análisis. 5. Toma de posición frente al texto y frente a la *teoría de la argumentación* considerada en sí misma. 6. Finalmente, ofrecemos una conversación ficticia entre el filósofo y neoretórico.

¹*Abogado Universidad de Medellín. Especialista en Lógica y Filosofía Universidad Eafit. Cursa Maestría en Estudios Humanísticos Universidad Eafit. Orienta las cátedras de Teoría del Conocimiento y Lógica Jurídica y de Hermenéutica Jurídica en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas y Jurídicas de la I. U. E. Coautor del texto *Del saber de la genealogía a la moral del poder*. Medellín: Editorial L. Vieco e Hijos, 2008.

Chaim, Perelman, y Olbrechts-Tyteca L. *Tratado de la argumentación*. Madrid: Editorial Gredos, 1989. Frente a las pretensiones de verdad que ostentan las diversas lógicas simbólicas contemporáneas, estos teóricos quieren reivindicar la retórica aristotélica como herramienta de la persuasión y de la verosimilitud en la utilización del lenguaje natural.

1. Presentación del texto_

El encarnizamiento por borrar del paisaje humano lo irregular, lo imprevisto y lo deforme, linda con la indecencia. Sin duda es deplorable que todavía devoren en ciertas tribus a los ancianos estorbosos; sin embargo, no hay que olvidar que el canibalismo representa, tanto un modelo de economía cerrada, como una costumbre que, algún día, seducirá al atestado planeta. Y a pesar de que se persiga sin piedad a los antropófagos, no me conmueve que vivan en el terror y que terminen por desaparecer, minoría ya de por sí, desprovista de confianza en sí misma, incapaz de abogar por su propia causa. Distinta en extremo me parece la situación de los analfabetas, considerable masa apegada a sus tradiciones y privaciones y a la que se castiga con una injustificable virulencia. Pues, a fin de cuentas, ¿no es un mal no saber leer y escribir? Francamente no lo creo. E incluso pienso que deberíamos vestir luto por el hombre cuando desaparezca el último iletrado.

El interés de los hombres civilizados por los pueblos que se llaman atrasados, es muy sospechoso. Incapaz de soportarse más a sí mismo, el hombre civilizado descarga sobre los pueblos el excedente de males que lo agobian, los incita a compartir sus miserias, los conjura para que afronten un destino que él ya no puede afrontar solo. A fuerza de considerar la suerte que han tenido de no “evolucionar”, experimenta hacia ellos los resentimientos de un audaz desconcertado y falto de equilibrio. ¿Con qué derecho permanecen aparte, fuera del proceso de degradación al cual él se encuentra sometido desde hace tanto tiempo sin poder liberarse? La civilización, su obra, su locura, le parece un castigo que puede infligir a aquellos que han permanecido fuera de ella. “Vengan a compartir mis calamidades; solidarícense con mi infierno”, es el sentido de su solicitud, es el fondo de su indiscreción y de su celo. Excedido por sus taras y, más aun, por sus “luces”, sólo descansa cuando logra imponérselas a los que están felizmente exentos. El hombre civilizado ya procedía así incluso en la época en que no era ni tan “ilustrado” ni estaba tan harto, sino entregado a la avaricia y a su sed de aventuras y de infamias. Los españoles, por ejemplo, en la cúspide de su carrera, debieron sentirse tan oprimidos por las exigencias de su fe y los rigores de la iglesia, que se vengaron de ellos mediante la conquista.

¿Alguien trata de convertir a otro? No será jamás para salvarlo, sino para obligarlo a padecer, para exponerlo a las mismas pruebas por las que atravesó el impaciente convertidor: ¿vigilia, plegaria, tormento? Pues que al otro le pase lo mismo, que suspire, que aülle, que se debata en medio de iguales torturas. La intolerancia es propia de los espíritus devastados cuya fe se reduce a un suplicio más o menos buscado que desearían ver generalizado, instituido. La felicidad del prójimo no ha sido nunca ni un móvil ni un principio de acción, y sólo se la invoca para alimentar la buena conciencia y cubrirse de nobles pretextos: el impulso que nos guía y que precipita la ejecución de cualquiera de nuestros actos, es casi siempre inconfesable. Nadie salva a nadie; no se salva uno más que a sí mismo, aunque se disfraze con convicciones la desgracia que se quiere otorgar. Por mucho prestigio que tengan las apariencias, el proselitismo deriva de una generosidad dudosa, peor en sus efectos que una abierta agresividad. La venganza asoma bajo la alegría del misionero y del apóstol. Su aplicación en convertir no es para liberar sino para convertir.

En cuanto alguien se deja envolver por la certeza, envidia en otros las opiniones flotantes, su resistencia a los dogmas y los *slogans*, su dichosa incapacidad para atrincherarse en ellos. Se avergüenza secretamente de pertenecer a una secta o a un partido, de poseer una verdad y de haber sido

su esclavo, y así, no odiará a sus enemigos declarados, a los que enarbolan otra verdad, sino al indiferente culpable de no perseguir ninguna. Y si para huir de la esclavitud en que se encuentra, el Indiferente busca refugio en el capricho o en lo aproximado, hará todo lo posible por impedirlo, por obligarlo a una esclavitud similar, idéntica a la suya. El fenómeno es tan universal que sobrepasa el ámbito de las certezas para englobar el del renombre. Las Letras, como era de esperarse, proporcionarán la penosa ilustración. ¿Qué escritor que goce de una cierta notoriedad no acaba por sufrir a causa de ella, por el malestar de ser conocido o comprendido, de tener un público por restringido que sea? Envidioso de los amigos que se pavonean en la comodidad del anonimato, se esforzará por sacarlos de él, por turbar su apacible orgullo con el fin de que también ellos experimenten las mortificaciones y las ansiedades del éxito. Para alcanzarlo, cualquier maniobra le parecerá legítima, y a partir de entonces su vida se convierte en una pesadilla. Los agujonea, los obliga a producir y a exhibirse, contraría sus aspiraciones a una gloria clandestina, sueño supremo de los delicados y de los abúlicos. Escriban, publiquen, les repite con rabia, con impudicia. Y los desgraciados se empeñan en ello sin pensar en lo que les aguarda. Sólo el escritor famoso lo sabe. Los espía, pondera sus tímidas divagaciones con violencia y desmesura, con un calor furibundo, y, para precipitarlos al abismo de la actualidad, les encuentra o les inventa admiradores o discípulos, o una turba de lectores, asesinos omnipresentes e invisibles. Perpetrado el crimen, se tranquiliza y se eclipsa, colmado por el espectáculo de sus protegidos presa de los mismos tormentos resumidos en la fórmula de no recuerdo qué escritor ruso: Se podría perder la razón ante la sola idea de ser leído.

Así como el autor atacado y contaminado por la celebridad se esfuerza por contagiar a los que no la han alcanzado, así el hombre civilizado, víctima de una conciencia exacerbada, se esfuerza por comunicar sus angustias a los pueblos refractarios a sus divisiones internas, pues ¿cómo aceptar que las rechacen que no sientan ninguna curiosidad por ellas? No desdeñará entonces ningún artificio para doblegarlos, para hacerlos que se parezcan a él y que recorran su mismo calvario: los maravillará con los prestigios de su civilización que les impedirá discernir lo que podría tener de bueno y lo que tiene de malo. Y sólo imitarán sus aspectos nocivos, todo lo que hace de ellos un azote concertado y metódico. ¿Esos pueblos eran inofensivos y perezosos? Pues desde ahora querrán ser fuertes y amenazadores para satisfacción de su bienhechor que se interesará en ellos y les brindará “asistencia”, satisfecho al contemplar cómo se enredan en los mismos problemas que él y cómo se encaminan hacia la misma fatalidad. Volverlos complicados, obsesivos, locos. Su joven fervor por sus instrumentos y el lujo, por las mentiras de la técnica, le asegura al civilizado que ya se convirtieron en unos condenados, en compañeros de su mismo infortunio, capaces de asistirlo ahora a él, de cargar sobre sus hombros una parte del peso agobiante, o, al menos, de cargar uno tan pesado como el suyo. A eso llama “promoción”, palabra escogida para disfrazar su perfidia y sus llagas.

La civilización, con todo su aparato, está fundamentada en nuestra propensión a lo irreal y a lo inútil. Si consintiéramos en reducir nuestras necesidades, en no satisfacer más que las indispensables, ésta se hundiría de inmediato. Así, para durar, se reduce a crearnos siempre nuevas necesidades, multiplicándolas sin descanso, pues la práctica general de la ataraxia le traería consecuencias más graves que las de una guerra de destrucción total.²

² Emil, Cioran. *Retrato del hombre civilizado*. En: *La caída en el tiempo*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1967, p. 37-41.

2. División por proposiciones*

1. El encarnizamiento por borrar del paisaje humano lo irregular, lo imprevisto y lo deforme, linda con la indecencia.
2. Sin duda es deplorable que todavía devoren en ciertas tribus a los ancianos estorbosos; (2a→) sin embargo, no hay que olvidar que el canibalismo representa, tanto un modelo de economía cerrada, como una costumbre que, algún día, seducirá al atestado planeta.
3. Y a pesar de que se persiga sin piedad a los antropófagos, no me conmueve que vivan en el terror y que terminen por desaparecer, minoría ya de por sí, desprovista de confianza en sí misma, incapaz de abogar por su propia causa.
4. Distinta en extremo me parece la situación de los analfabetas, considerable masa apegada a sus tradiciones y privaciones y a la que se castiga con una injustificable virulencia.
5. Pues, a fin de cuentas, ¿no es un mal no saber leer y escribir?
6. Francamente no lo creo.
7. E incluso pienso que deberíamos vestir luto por el hombre cuando desaparezca el último iletrado.
8. El interés de los hombres civilizados por los pueblos que se llaman atrasados, es muy sospechoso.
9. Incapaz de soportarse más a sí mismo, el hombre civilizado descarga sobre los pueblos el excedente de males que lo agobian, los incita a compartir sus miserias, los conjura para que afronten un destino que él ya no puede afrontar solo.
10. A fuerza de considerar la suerte que han tenido de no “evolucionar”, (10a→) experimenta hacia ellos los resentimientos de un audaz desconcertado y falto de equilibrio.
11. ¿Con qué derecho permanecen aparte, fuera del proceso de degradación al cual él se encuentra sometido desde hace tanto tiempo sin poder liberarse?
12. La civilización, su obra, su locura, le parece un castigo que puede infligir a aquellos que han permanecido fuera de ella.
13. “Vengan a compartir mis calamidades; solidarícense con mi infierno”, es el sentido de su solicitud, es el fondo de su indiscreción y de su celo.
14. Excedido por sus taras y, más aun, por sus “luces”, sólo descansa cuando logra imponérselas a los que están felizmente exentos.
15. El hombre civilizado ya procedía así incluso en la época en que no era ni tan “ilustrado” ni estaba tan harto, sino entregado a la avaricia y a su sed de aventuras y de infamias.
16. Los españoles, por ejemplo, en la cúspide de su carrera, debieron sentirse tan oprimidos por las exigencias de su fe y los rigores de la iglesia, que se vengaron de ellos mediante la conquista.
17. ¿Alguien trata de convertir a otro? No será jamás para salvarlo, sino para obligarlo a padecer, para exponerlo a las mismas pruebas por las que atravesó el impaciente convertidor:

□ Las proposiciones que contienen en sí mismas relaciones argumentativas serán divididas con el numeral respectivo y la utilización de literales; la relación argumentativa será sugerida mediante el signo de implicación (→).

18. ¿Vigilia, plegaria, tormento? Pues que al otro le pase lo mismo, que suspire, que aúlle, que se debata en medio de iguales torturas.
19. La intolerancia es propia de los espíritus devastados cuya fe se reduce a un suplicio más o menos buscado que desearían ver generalizado, instituido.
20. La felicidad del prójimo no ha sido nunca ni un móvil ni un principio de acción, (20a→) y sólo se la invoca para alimentar la buena conciencia y cubrirse de nobles pretextos:
21. El impulso que nos guía y que precipita la ejecución de cualquiera de nuestros actos, es casi siempre inconfesable.
22. Nadie salva a nadie; no se salva uno más que a sí mismo, aunque se disfrace con convicciones la desgracia que se quiere otorgar.
23. Por mucho prestigio que tengan las apariencias, el proselitismo deriva de una generosidad dudosa, peor en sus efectos que una abierta agresividad.
24. La venganza asoma bajo la alegría del misionero y del apóstol.
25. Su aplicación en convertir no es para liberar sino para convertir.
26. En cuanto alguien se deja envolver por la certeza, envidia en otros las opiniones flotantes, su resistencia a los dogmas y los *slogans*, su dichosa incapacidad para atrincherarse en ellos.
27. Se avergüenza secretamente de pertenecer a una secta o a un partido, de poseer una verdad y de haber sido su esclavo, y así, (27a→) no odiará a sus enemigos declarados, a los que enarbolan otra verdad, sino al indiferente culpable de no perseguir ninguna.
28. Y si para huir de la esclavitud en que se encuentra, el indiferente busca refugio en el capricho o en lo aproximado, hará todo lo posible por impedirse, por obligarlo a una esclavitud similar, idéntica a la suya.
29. El fenómeno es tan universal que sobrepasa el ámbito de las certezas para englobar el del renombre.
30. Las Letras, como era de esperarse, proporcionarán la penosa ilustración.
31. ¿Qué escritor que goce de una cierta notoriedad no acaba por sufrir a causa de ella, por el malestar de ser conocido o comprendido, de tener un público por restringido que sea?
32. Envidioso de los amigos que se pavonean en la comodidad del anonimato, se esforzará por sacarlos de él, por turbar su apacible orgullo con el fin de que también ellos experimenten las mortificaciones y las ansiedades del éxito.
33. Para alcanzarlo, cualquier maniobra le parecerá legítima, y a partir de entonces su vida se convierte en una pesadilla.
34. Los aguijonea, los obliga a producir y a exhibirse, contraría sus aspiraciones a una gloria clandestina, sueño supremo de los delicados y de los abúlicos.
35. Escriban, publiquen, les repite con rabia, con impudicia.
36. Y los desgraciados se empeñan en ello sin pensar en lo que les aguarda.
37. Sólo el escritor famoso lo sabe.

38. Los espía, pondera sus tímidas divagaciones con violencia y desmesura, con un calor furibundo, y, para precipitarlos al abismo de la actualidad, les encuentra o les inventa admiradores o discípulos, o una turba de lectores, asesinos omnipresentes e invisibles.
39. Perpetrado el crimen, se tranquiliza y se eclipsa, colmado por el espectáculo de sus protegidos presa de los mismos tormentos resumidos en la fórmula de no recuerdo qué escritor ruso: “Se podría perder la razón ante la sola idea de ser leído”.
40. Así como el autor atacado y contaminado por la celebridad se esfuerza por contagiar a los que no la han alcanzado, así el hombre civilizado, víctima de una conciencia exacerbada, se esfuerza por comunicar sus angustias a los pueblos refractarios a sus divisiones internas, pues (40a→) ¿cómo aceptar que las rechacen que no sientan ninguna curiosidad por ellas?
41. No desdeñará entonces ningún artificio para doblegarlos, para hacerlos que se parezcan a él y que recorran su mismo calvario: (41a→) a los maravillará con los prestigios de su civilización que les impedirá discernir lo que podría tener de bueno y lo que tiene de malo.
42. Y sólo imitarán sus aspectos nocivos, todo lo que hace de ellos un azote concertado y metódico.
43. ¿Esos pueblos eran inofensivos y perezosos? Pues desde ahora querrán ser fuertes y amenazadores para satisfacción de su bienhechor que se interesará en ellos y les brindará “asistencia”, satisfecho al contemplar cómo se enredan en los mismos problemas que él y cómo se encaminan hacia la misma fatalidad.
44. Volverlos complicados, obsesivos, locos.
45. Su joven fervor por sus instrumentos y el lujo, por las mentiras de la técnica, le asegura al civilizado que ya se convirtieron en unos condenados, en compañeros de su mismo infortunio, (45a→) capaces de asistirlo ahora a él, de cargar sobre sus hombros una parte del peso agobiante, o, al menos, de cargar uno tan pesado como el suyo.
46. A eso llama “promoción”, palabra escogida para disfrazar su perfidia y sus llagas.
47. La civilización, con todo su aparato, está fundamentada en nuestra propensión a lo irreal y a lo inútil.
48. Si consintiéramos en reducir nuestras necesidades, en no satisfacer más que las indispensables, ésta se hundiría de inmediato.
49. Así, para durar, se reduce a crearnos siempre nuevas necesidades, multiplicándolas sin descanso, pues (49a→) la práctica general de la ataraxia le traería consecuencias más graves que las de una guerra de destrucción total.

3. Diagramación

Para la diagramación establecemos las siguientes convenciones: (1) = Argumento, (2) = Tesis.

1. El encarnizamiento por borrar del paisaje humano lo irregular, lo imprevisto y lo deforme, linda con la indecencia. (2)

La primera oración del texto constituye la tesis central de la toda la argumentación posterior. Para la presentación el filósofo rumano comienza utilizando el verbo pronominal *encarnizarse*, el cual, al derivarse del verbo transitivo *encarnizar*, indica la realización de una acción cruel y despiadada: dicha acción no es otra sino la de la tentativa de borrar del paisaje humano lo irregular, lo imprevisto y lo deforme, y linda, es decir, es asíntota con la indecencia como forma indigna de tratar al Otro. Así, entonces, el *auditorio* se representa imágenes de violencia y de crueldad, representaciones que de suyo poseen un gran poder de sugestión.

2. Sin duda es deplorable que todavía devoren en ciertas tribus a los ancianos estorbosos (1);

Cioran prepara el terreno para salir al encuentro de una *incompatibilidad* potencial derivada de una *ley de paso*. En efecto, las tribus indígenas son víctimas del encarnizamiento denunciado por el autor. Alguien podría replicar entonces: << - y qué, ¿acaso las supuestas víctimas no hacen lo mismo con sus respectivos chivos expiatorios?, de tal manera que el encarnizamiento al cual usted hace alusión, señor Cioran, no es patrimonio exclusivo del hombre civilizado; no sólo él es indecente>>. La *ley de paso* consiste, por tanto, en lo siguiente: el encarnizamiento en contra de lo irregular, lo diferente y lo imprevisto no es patrimonio exclusivo del hombre civilizado. Por otra parte el argumento es *abductivo*: pretende confirmar la regla general utilizando como *analogía* el caso puntual del canibalismo, y parte de la *presunción* según la cual en todas las sociedades se da el fenómeno de la exclusión.

(2a→) sin embargo, no hay que olvidar que el canibalismo representa, tanto un modelo de economía cerrada, como una costumbre que, algún día, seducirá al atestado planeta. (2)

Propone entonces una nueva tesis: señala al canibalismo como un modelo de economía cerrada, el cual justificaría racionalmente la conducta antropófaga de algunas tribus. A renglón seguido infiere, y lo propone incluso en tono profético, que una vez el planeta esté atestado dicho modelo seducirá al hombre hasta el grado de convertirse en costumbre. En uno y otro caso será un asunto de economía y no así de indecencia. Por lo tanto, esta tesis es al mismo tiempo argumento del numeral 1, y mantiene la presentación de la argumentación dentro del terreno de la violencia. En su contenido argumentativo conservará su carácter *abductivo*.

3. Y a pesar de que se persiga sin piedad a los antropófagos, no me conmueve que vivan en el terror y que terminen por desaparecer, minoría ya de por sí, desprovista de confianza en sí misma, incapaz de abogar por su propia causa. (1)

Un argumento inquietante y hábil: al no sentir conmoción alguna por los antropófagos, Cioran se suma al grupo de los “civilizados indecentes” contra la antropofagia, confirmando para sí mismo la tesis central. Esta indecencia se justificaría por dos causas principales: su condición minoritaria y la incapacidad de las víctimas para abogar por su propia causa. En tanto argumento se trata de uno del tipo *cuasilógico por transitividad*, derivado de un *lugar* en cuanto a lo *preferible*: son preferibles lo mayoritario sobre lo minoritario y la capacidad de defenderse sobre la indefensión; por lo tanto, si todos los civilizados son indecentes frente a las minorías, y los antropófagos son una minoría, <<yo, Cioran, al estar en contra de los antropófagos, gracias a su condición minoritaria, seré un indecente (aun cuando se trate, en suma, de un asunto de economía cerrada)>>.

4. Distinta en extremo me parece la situación de los analfabetas, considerable masa apegada a sus tradiciones y privaciones y a la que se castiga con una injustificable virulencia. (2)

En cambio, en el caso de los analfabetas, el ataque virulento del hombre civilizado contra ellos estaría injustificado, pues suman una gran masa de personas que viven apegadas a sus tradiciones. Estamos frente a una tesis, la cual, a su vez, representa un caso particular de argumento para la tesis central. En este aspecto, es decir, en su contenido argumentativo, es del tipo *abductivo*, ya que confirma la regla general a partir de la analogía con un caso puntual.

5. Pues, a fin de cuentas, ¿no es un mal no saber leer y escribir? (1)

De nuevo argumenta saliendo al encuentro de una *ley de paso*: << -y qué, ¿acaso no es un mal – señor Cioran- no saber leer y escribir? De manera que no puede ser un acto de virulencia, y por tanto lindante con la indecencia, ayudar a personas tan desgraciadas >>. El argumento es *deductivo por transitividad*, se deriva de la respuesta a la *preferencia* por el siguiente *lugar*: es mejor saber leer y escribir que ser analfabeta. Este argumento implica en sí mismo la *retorsión* de las preferencias del *auditorio ideal* al que se dirige Cioran, pues sugiere lo siguiente: el auditorio

considera que el analfabetismo es un mal, luego, el tratamiento a los analfabetas estaría justificado de la misma forma en que lo está frente a los antropófagos, y, por tanto, no habría allí ningún acto de virulencia. La *retorsión* consiste en la inversión del silogismo en contra del auditorio: no es un mal ser analfabeta, luego, el caso de los analfabetas es diferente al de los antropófagos, y, por tanto, no es justificable el interés del hombre civilizado por ellos; es, al contrario, un acto de virulencia, un acto de encarnizamiento que linda con la indecencia.

6. Francamente no lo creo. (1)

Opinión personal y como argumento contiene en sí misma una *ley de paso*: << las creencias de Cioran han de ser tomadas por verdades >>. Es un argumento *cuasilógico por transitividad*: <<si mis creencias han de ser tomadas por verdades, y yo creo que ser analfabeta no es un mal, entonces la expresión “el tratamiento contra los analfabetas es diferente al de los antropófagos y por tanto injustificable, virulento y lindante con la indecencia” ha de ser tomado por verdad>>.

7. E incluso pienso que deberíamos vestir luto por el hombre cuando desaparezca el último iletrado.
(2)

Esta tesis incluye una *ley de Paso*: <<con el último iletrado desaparece *el hombre* >>. Esta tesis queda falta de argumento, y deriva su fuerza persuasiva de la opinión personal explicada en la nota anterior.

8. El interés de los hombres civilizados por los pueblos que se llaman atrasados, es muy sospechoso. (2)

A la pregunta sobre la justificación del interés del hombre civilizado por la suerte de los pueblos atrasados, se da la siguiente respuesta: algo de sospechoso hay en ese interés, ¿qué será?

9. Incapaz de soportarse más a sí mismo el hombre civilizado descarga sobre los pueblos el excedente de males que lo agobian, los incita a compartir sus miserias, los conjura para que afronten un destino que él ya no puede afrontar solo. (1)

El hombre civilizado descarga sobre los pueblos atrasados el excedente de males que le agobian. El argumento proviene de la *ley de paso* subyacente: << todo aquel que sufre quiere ver sufrir a los demás a causa de sus mismos males >>; en consecuencia es un argumento *cuasilógico*, derivado de una *verdad* estatuida a su vez por *definición* y *normativamente*: Todo aquel que sufre quiere ver sufrir a los demás a causa de sus mismos males. El hombre civilizado sufre; luego, el hombre civilizado quiere ver sufrir a los demás (hombres no civilizados) a causa de sus mismos males.

10. A fuerza de considerar la suerte que han tenido de no “evolucionar” (2)

La tesis contiene una *ley de paso*: el mal que agobia al hombre civilizado es producto de su propia “evolución”, evolución cuyas comillas sirven para ironizar el sentido de la palabra y para preparar el terreno del argumento siguiente.

(10a→) experimenta hacia ellos los resentimientos de un audaz desconcertado y falto de equilibrio. (1)

Este argumento liga con la tesis anterior: contiene en sí una *ley de paso*: la suerte del Otro produce resentimiento en los hombres audaces, desconcertados y faltos de equilibrio. En tanto argumento es del tipo *cuasilógico*, derivado de una *verdad normativamente estatuida*, y cuya deducción se encuentra por *transitividad*: la suerte del Otro produce resentimiento en los hombres audaces, desconcertados y faltos de equilibrio. Los hombres no “evolucionados” cuentan con mayor suerte que éstos (“evolucionados”); luego, el hombre “evolucionado”, audaz, desconcertado y desequilibrado experimenta resentimiento hacia el hombre no evolucionado.

11. ¿Con qué derecho permanecen aparte, fuera del proceso de degradación al cual él se encuentra sometido desde hace tanto tiempo sin poder liberarse? (1)

De nuevo sale al encuentro de la *ley de paso*, proponiendo además una *autofagia*: << -y qué, ¿es que acaso tienen derecho de permanecer aparte de la evolución, y no es esto degradante y esclavizante para ellos? >>. La ley de paso, de carácter autofágico, es la siguiente: nadie tiene derecho a permanecer aparte de la evolución. Se trata de un argumento *cuasilógico* por

incompatibilidad, derivada de los *presupuestos, tesis y actos* de aquellos a quienes idealmente se ha hecho incurrir en *autofagia*. Por su carácter incompatible, el argumento se transforma en su contrario, es decir, en el hecho según el cual los pueblos no evolucionados tienen derecho a permanecer aparte de la evolución. La presentación del argumento se traslada ahora del plano de la violencia al plano del derecho.

12. La civilización, su obra, su locura, le parece un castigo que puede infligir a aquellos que han permanecido fuera de ella. (2)

Propone entonces la siguiente tesis: como los pueblos incivilizados actúan contra derecho, permaneciendo alejados de la civilización, entonces, por lo tanto, ésta se le parece al civilizado como un castigo que puede infligir sobre aquéllos. *Ley de paso*: todo acto que vaya contra el derecho debe ser castigado.

13. “Vengan a compartir mis calamidades; solidarícense con mi infierno” es el sentido de su solicitud, es el fondo de su indiscreción y de su celo. (2)

Tesis: el sentido de la indiscreción y del celo del hombre civilizado, respecto a su civilización, se produce por la experiencia que tiene de ella, como si se tratase de un infierno y por tanto como de un castigo al cual deben ser sometidos los hombres no civilizados. Esta tesis enlaza argumentativamente con el numeral 9 (el hombre civilizado descarga sobre los pueblos atrasados el excedente de males que le agobia) y con la *ley de paso* subyacente: << todo aquel que sufre quiere ver sufrir a los demás a causa de sus mismos males >>. En cuanto argumento del numeral 9 es entonces, del tipo *inductivo y teleológico de coexistencia*, ya que el hecho de experimentar la civilización como un infierno, y al que deben ser sometidos los demás, coexiste con el hecho según el cual <<todo aquel que sufre quiere ver sufrir a los demás a causa de sus mismos males>>.

14. Excedido por sus taras y, más aun, por sus “luces”, sólo descansa cuando logra imponérselas a los que están felizmente exentos. (2)

La tesis según la cual el hombre civilizado sólo descansa cuando puede imponer sus taras y sus “luces” a los demás, liga argumentativamente con el numeral 9, y afirma veladamente que el

sufrimiento del hombre civilizado obedece a todo aquello que pueda considerarse – metafóricamente- como referido a sus taras y a sus “luces”.

15. El hombre civilizado ya procedía así incluso en la época en que no era ni tan “ilustrado” ni estaba tan harto, sino entregado a la avaricia y a su sed de aventuras y de infamias. (2)

Tesis: ésto no es nuevo, es más, el hombre civilizado no estaba tan harto en otrora porque se hallaba entregado a la avaricia y a su sed de aventuras y de infamias. La tesis incluye una marcada alusión al Racionalismo de las luces y a la Ilustración, e incluye además la utilización del tropo *ironía*: << en realidad –es lo que se sugiere- “el imperio de la razón” debería ser más que suficiente para alejar al hombre de la intolerancia y del resentimiento >>. Por otra parte, en este contexto, la era de la Ilustración lleva aparejado el principio del Imperio de la Ley, lo cual hace la afirmación más sugestiva, pues ya hemos visto cómo la presentación de los argumentos se realiza en el plano del derecho, la desobediencia y el castigo.

16. Los españoles, por ejemplo, en la cúspide de su carrera, debieron sentirse tan oprimidos por las exigencias de su fe y los rigores de la iglesia, que se vengaron de ellos mediante la conquista. (1)

Argumento *Inductivo* mediante la técnica del *modelo*: los españoles, atormentados por las exigencias de su fe y no tan racionales, no tan “ilustrados”, obraban de esa forma, es decir, imponiendo sus taras y sus “luces” a los exentos. Aquí las comillas logran todo su poder irónico: las *luces* de quien se dice más iluminado que otro, sea por la fe o sea por la razón, son aparentes (el sueño de la razón -como lo dijo Goya- produce monstruos).

17. ¿Alguien trata de convertir a otro? No será jamás para salvarlo, sino para obligarlo a padecer, para exponerlo a las mismas pruebas por las que atravesó el impaciente convertidor: (2)

La conversión asume el rostro de la venganza, y ahora la presentación se traslada al plano de la fe. En éste se trata de hacer pasar al Otro por las mismas pruebas y los mismos sufrimientos que el convertidor ha tenido que soportar, y dicha actitud asume la faz de un desquite.

18. ¿Vigilia, plegaria, tormento? Pues que al otro le pase lo mismo, que suspire, que aülle, que se debata en medio de iguales torturas. (2)

La tesis está ligada al numeral anterior; a su vez ambas ligan argumentativamente con el numeral 9, y constituyen *ejemplos* particulares de la incapacidad de los hombres civilizados para padecer en solitario los males que le agobian.

19. La intolerancia es propia de los espíritus devastados cuya fe se reduce a un suplicio más o menos buscado que desearían ver generalizado, instituido. (2)

Tesis: Cioran define la intolerancia como patrimonio de espíritus devastados; al mismo tiempo eleva la fe que dichos espíritus ostentan a la categoría de un suplicio deseado y el cual desearían estatuir y generalizar. Esta oración es por tanto una acusación, y mantiene la presentación de los argumentos dentro del terreno de la crueldad humana.

20. La felicidad del prójimo no ha sido nunca ni un móvil ni un principio de acción (1),

Argumento: al señalar el carácter quimérico del móvil de la felicidad para el prójimo, el filósofo rumano procede *cuasilógicamente*: por intermedio de una *definición normativa* el argumento establece una *verdad argumentativa* cuyo carácter *convencional* puede rastrearse en varios autores de filosofía política, y permite establecer, con cierto grado de aproximación, el siguiente razonamiento silogístico (silogismo hipotético): si la felicidad del prójimo nunca ha sido el móvil de las acciones humanas, entonces la tendencia que orienta a ciertos espíritus a la conversión de los demás no debe ser interpretada como una manifestación de altruismo si no de intolerancia.

(20a→) y sólo se la invoca para alimentar la buena conciencia y cubrirse de nobles pretextos: (2)

Esta tesis llega en forma de acusación: la felicidad del prójimo no es más que un sofisma de distracción; en realidad sólo se invoca para utilidad de quien pretende hacer feliz al Otro, y dicha utilidad consiste en el hecho según el cual, el altruista alimenta sólo su buena conciencia y puede cubrirse de nobles pretextos. Ahora bien, ¿buenos pretextos para qué?: para vengarse del otro, desplazando sobre éste el suplicio que lleva a cuestras.

21. El impulso que nos guía y que precipita la ejecución de cualquiera de nuestros actos, es casi siempre inconfesable. (1)

Siendo inconfesables los impulsos de nuestros actos, este enunciado es argumento de la tesis anterior. El argumento es del mismo tipo: presenta una *verdad argumentativa* con carácter general (“los impulsos que nos mueven a la ejecución de nuestros actos son casi siempre inconfesables”), y al ligarse al argumento anterior (“la felicidad del prójimo nunca ha sido el móvil de las acciones humanas”) permite deducir *cuasilógicamente*, mediante una premisa de menor generalidad (“alguien quiere hacer feliz al prójimo”), el hecho según el cual dicho altruismo solapa el impulso de transmitir un suplicio. El razonamiento podría extenderse para configurar un *sorites cuasilógico*: si el ánimo de hacer feliz al prójimo solapa el impulso de transmitir un suplicio, entonces dicha felicidad sólo se invoca para cubrirse de nobles pretextos y alimentar la buena conciencia.

22. Nadie salva a nadie; no se salva uno más que a sí mismo, aunque se disface con convicciones la desgracia que se quiere otorgar. (2)

Tesis inferida: inconfesables los motivos de los actos, el altruismo pasa a la categoría de sofisma de distracción, y busca otorgar aquello que en realidad constituye la desgracia del donante: “no es posible salvarse más que a sí mismo”.

23. Por mucho prestigio que tengan las apariencias, el proselitismo deriva de una generosidad dudosa, peor en sus efectos que una abierta agresividad. (2)

Ley de paso: el ánimo de salvar al prójimo lleva aneja la actitud proselitista. A partir de esta ley de paso se puede constatar la *dependencia* del tipo *ideal empírica* que guarda con la cadena argumentativa, y ésta a su vez permite establecer inductivamente la *coexistencia subjetiva* del altruismo y el proselitismo. Pero existe otra *ley de paso*: el proselitismo se realiza para guardar las apariencias, y las apariencias otorgan prestigio: ¿aparentar qué?, nos preguntamos: aparentar una generosidad dudosa. La tesis concluye con la afirmación según la cual dicha generosidad excede por sus efectos a una abierta generosidad.

24. La venganza asoma bajo la alegría del misionero y del apóstol. (1)

Argumento de la tesis expresada en el numeral 20a: el argumento es *inductivo*, y pretende probar la tesis según la cual la felicidad del prójimo “sólo se la invoca para alimentar la buena

conciencia y cubrirse de nobles pretextos”. Lo anterior mediante la utilización del *modelo* particular del misionero y del apóstol, y del *hecho* de la venganza como entidad oculta tras la *alegría* que ostentan. A su vez liga argumentativamente con el numeral anterior, pues la alegría que los modelos experimentan se manifiesta a través de una actitud proselitista.

25. Su aplicación en convertir no es para liberar sino para convertir. (2)

No busca liberar, busca convertir.

26. En cuanto alguien se deja envolver por la certeza, envidia en otros las opiniones flotantes, su resistencia a los dogmas y los *slogans*, su dichosa incapacidad para atrincherarse en ellos. (1)

Argumento: y es que –sugiere Cioran- cuando alguien se deja envolver por la certeza, envidia en los otros su condición de libertad frente a los dogmas; luego, su aplicación en convertir no es para liberar, es para convertir. El argumento incluye una *ley de paso*: los dogmas son la prisión del dogmático. Estatuida esta ley de paso como *verdad argumentativa*, el argumento adquiere el carácter de argumento *cuasilógico por transitividad*, ya que la condición de ser esclavo de un dogma transmite ipso facto, para quien se empeñe en convertir, la imposibilidad de liberar realmente al converso, luego, su aplicación en convertir será sólo para convertir y no así para liberar.

27. Se avergüenza secretamente de pertenecer a una secta o a un partido, de poseer una verdad y de haber sido su esclavo, (2) y así,

Tesis: el motor de la venganza es la vergüenza inconfesa ¿por qué?

(27a→) no odiará a sus enemigos declarados, a los que enarbolan otra verdad, sino al indiferente culpable de no perseguir ninguna. (1)

No odiará a sus enemigos declarados porque padecen como él; odiará al indiferente, quien no padece la enfermedad del dogmatismo radical. El argumento parte del *hecho*, *inductivamente determinado*, según el cual la envidia *coexiste subjetivamente* con el sentimiento de odio hacia el sujeto envidiado.

28. Y si para huir de la esclavitud en que se encuentra, el indiferente busca refugio en el capricho o en lo aproximado, hará todo lo posible por impedirselo, por obligarlo a una esclavitud similar, idéntica a la suya. (1)

Ley de paso: el odio se encarniza: si el indiferente se resiste habrá que impedirselo a como de lugar; luego, la venganza, en tanto y en cuanto fin, justifica los medios. Se trata de un argumento *cuasilógico* cuya conclusión se extrae de una *verdad* estatuida: el fin justifica los medios. Los dogmáticos odian a quienes no lo son, luego, su empeño en convertirlos tiene como fin esclavizarlos, y, por tanto, para hacerlo, todos los medios a su alcance se le antojan válidos.

29. El fenómeno es tan universal que sobrepasa el ámbito de las certezas para englobar el del renombre.(2)

Tesis: la universalidad del fenómeno (el ánimo de esclavizar al indiferente) argumenta la tesis anterior, pero se propone teóricamente su capacidad para englobar, además de a las certezas y a los dogmas, el fenómeno del renombre. Veamos por qué.

30. Las Letras, como era de esperarse, proporcionarán la penosa ilustración.(2)

Tesis subsidiaria: la universalidad del fenómeno engloba el fenómeno del renombre, y dentro de éste las letras proporcionarán *la penosa ilustración*.

31. ¿Qué escritor que goce de una cierta notoriedad no acaba por sufrir a causa de ella, por el malestar de ser conocido o comprendido, de tener un público por restringido que sea? (1)

Argumento *inductivo*, con apoyo en un *hecho* y el cual se ofrece como *ilustración* del ánimo de esclavizar al indiferente, es decir, del fenómeno universal del escritor que goza ya de una cierta notoriedad.

32. Envidioso de los amigos que se pavonean en la comodidad del anonimato, se esforzará por sacarlos de él, por turbar su apacible orgullo con el fin de que también ellos experimenten las mortificaciones y las ansiedades del éxito. (1)

Éste y los siguientes argumentos desarrollan la *ilustración* del anterior.

33. Para alcanzarlo, cualquier maniobra le parecerá legítima, y a partir de entonces su vida se convierte en una pesadilla. (1)

Desarrollo del argumento 31.

34. Los agujonea, los obliga a producir y a exhibirse, contraría sus aspiraciones a una gloria clandestina, sueño supremo de los delicados y de los abúlicos. (1)

Desarrollo del argumento 31.

35. Escriban, publiquen, les repite con rabia, con impudicia. (1)

Desarrollo del argumento 31.

36. Y los desgraciados se empeñan en ello sin pensar en lo que les aguarda. (2)

Tesis: la actitud de ingenua colaboración de las víctimas aparece por primera vez formulada y podría representar una *incompatibilidad*. En efecto, este periodo argumentativo busca confirmar la tesis según la cual el ánimo de esclavizar al indiferente es universal y engloba al fenómeno del renombre, y para ello se propone como *ilustración* el caso de las Letras. Partiendo de lo general para llegar a lo particular, el caso particular, ofrecido como ilustración, podría sugerir que todas las víctimas se someten ingenuamente a su convertidor, lo cual no deja de mostrar una *incompatibilidad* entre las actitudes de los conversos religiosos y la de los conversos literarios. Sin embargo esta incompatibilidad es parcial, si se interpreta desde el punto de vista del prestigio, pues, en el caso del proselitismo religioso, dicho prestigio emergerá sólo para el misionero y no así para el converso, mientras en el caso del prestigio literario éste podrá emerger también para el hombre que ha sido constreñido por el escritor a lanzarse al mundo de las publicaciones.

37. Sólo el escritor famoso lo sabe. (1)

Argumento de *autoridad*, *deductivo* –*cuasilógico*- y basado en la *presunción* de un *lugar*; incluye también una *ley de paso*: los escritores famosos han padecido a causa de la fama, luego, sólo ellos saben que lo dicho es cierto. Podría asimilarse también a una argumentación *inductiva*

recurriendo al *modelo*, pero es una técnica paradójica; parece reducir el auditorio a los escritores de fama y que sean ellos quienes presten asentimiento a la tesis anterior.

38. Los espía, pondera sus tímidas divagaciones con violencia y desmesura, con un calor furibundo, y, para precipitarlos al abismo de la actualidad, les encuentra o les inventa admiradores o discípulos, o una turba de lectores, asesinos omnipresentes e invisibles. (1)

Este argumento desarrolla el anterior, y se encargan de dar respuesta a la pregunta acerca del qué es aquello que precisamente sabe el escritor famoso. Sin embargo su estructura argumentativa es diferente; se desplaza totalmente al terreno *inductivo* mediante la utilización del *modelo*.

39. Perpetrado el crimen, se tranquiliza y se eclipsa, colmado por el espectáculo de sus protegidos presa de los mismos tormentos resumidos en la fórmula de no recuerdo qué escritor ruso: “Se podría perder la razón ante la sola idea de ser leído”. (1)

Argumento de 29: la *ilustración* que se desarrolla en este periodo argumentativo completa el cuadro de la conversión, de la intolerancia y de la venganza sobre la diferencia, el cual se ofrece como fenómeno universal, y liga de forma mediata con la tesis central del numeral 1.

40. Así como el autor atacado y contaminado por la celebridad se esfuerza por contagiar a los que no la han alcanzado, así el hombre civilizado, víctima de una conciencia exacerbada, se esfuerza por comunicar sus angustias a los pueblos refractarios a sus divisiones internas (2), pues

La tesis según la cual el interés del hombre civilizado repite el síntoma del escritor de renombre, que no es otro que el de la necesidad de comunicar sus angustias a aquellos que no las padecen, extrae de la argumentación por *ilustración*, desarrollada en el anterior periodo argumentativo, la fuerza para generalizarse, y es directamente contraria a la tesis contenida en el numeral 29; allí se procedía de lo general a lo particular, y en esta ocasión se procede de lo particular a lo general, conectando con la tesis central del numeral 1. Esto indica, en general, la utilización de un método *abductivo*, pues Cioran avanza en el análisis de casos puntuales que van confirmando, uno a uno, la regla general de la indecencia como fenómeno asintótico al encarnizamiento por borrar del paisaje humano todo lo irregular, lo imprevisto y lo deforme. La tesis contiene además la siguiente afirmación: los pueblos a los cuales el hombre civilizado busca comunicar sus angustias

son refractarios a las divisiones internas que caracterizarían a los pueblos civilizados. Como se puede apreciar se trata de una afirmación doble: por un lado, dicha afirmación sugiere que la angustia propia del hombre civilizado proviene de las divisiones internas de su sociedad; por el otro, sugiere el hecho según el cual son dichas divisiones las que generan la resistencia que los pueblos muestran a someterse a cualquier proceso civilizatorio: ¿cómo justificar este hecho?

(40a→) ¿[...] cómo aceptar que las rechacen que no sientan ninguna curiosidad por ellas? (1)

De nuevo el autor se adelanta a una posible *incompatibilidad* por medio de una *ley de paso*: la falta de curiosidad, la apatía y el desinterés hacen del Otro un refractario de lo novedoso; por lo tanto, dicha actitud refractaria hacia las divisiones internas que caracterizan a los pueblos civilizados, surge de su falta de curiosidad por ellas, de su apatía, de su desinterés. El argumento es también doble; está *basado en la estructura de lo real*, se sustenta en la *norma* contenida en la ley de paso y procede de forma *cuasilógico-deductiva*: 1º) la falta de curiosidad hace del otro un refractario. Los pueblos no civilizados carecen de curiosidad por las divisiones internas de los pueblos civilizados, luego, los pueblos no civilizados son refractarios a las divisiones internas de los pueblos civilizados; 2º) la angustia propia del hombre civilizado proviene de las divisiones internas de su sociedad. El hombre civilizado quiere transmitir su angustia a los pueblos no civilizados, luego, el hombre civilizado quiere transmitir las divisiones internas de su sociedad a los pueblos no civilizados. Ahora bien, ¿cómo lo hace, cuáles son sus mecanismos?

41. No desdeñará entonces ningún artificio para doblegarlos, para hacerlos que se parezcan a él y que recorran su mismo calvario: (2)

Tesis: recurriendo a cualquier artificio para que se parezcan a él y recorran su mismo calvario.
Ley de paso: El fin justifica los medios.

(41a→) los maravillará con los prestigios de su civilización que les impedirá discernir lo que podría tener de bueno y lo que tiene de malo. (1)

El argumento es *cuasilógico-deductivo* y se basa en la *presunción* del siguiente *lugar*: es mejor el conocimiento que la ignorancia. No obstante el conocimiento puede ser sesgado de acuerdo a unos intereses, quedando cierta parte de dicho conocimiento oculta a la conciencia. Los pueblos

atrasados verán lo que se les muestra, es decir, los prestigios de la civilización, pero no verán, por obvias razones, aquello que se les oculta: precisamente lo que constituye el calvario del hombre civilizado; por tanto, dichos pueblos no podrán discernir sobre lo bueno y lo malo de la civilización, imitarán sólo que les parece bueno de acuerdo a dicho conocimiento, se parecerán al hombre civilizado y recorrerán su mismo calvario.

42. Y sólo imitarán sus aspectos nocivos, todo lo que hace de ellos un azote concertado y metódico.
(2)

La tesis consiste en la siguiente afirmación: los efectos nocivos de la civilización, aquellos que justo imitarán los pueblos atrasados, constituyen un azote que tiene dos características: ser concertado y ser metódico: ¿por qué es concertado y metódico?

43. ¿Esos pueblos eran inofensivos y perezosos? Pues desde ahora querrán ser fuertes y amenazadores para satisfacción de su bienhechor que se interesará en ellos y les brindará “asistencia”, satisfecho al contemplar cómo se enredan en los mismos problemas que él y cómo se encaminan hacia la misma fatalidad. (1)

El argumento es del tipo *cuasilógico-deductivo*, basado en la estructura de lo real y con fundamento en la siguiente *incompatibilidad de actitudes*: si el hombre de los pueblos atrasados imita al hombre civilizado, dejará de ser perezoso e inofensivo; si deja de ser perezoso e inofensivo se volverá ofensivo, ambicioso, fuerte y amenazador, como el hombre civilizado; si aquél se vuelve ofensivo, ambicioso, fuerte y amenazador, como el hombre civilizado, se enredará en los mismos problemas que éste y se encaminará hacia su misma fatalidad; si el hombre de los pueblos atrasados se enreda en los mismos problemas y se encamina hacia la misma fatalidad que el hombre civilizado, éste contemplará su obra con satisfacción; si el hombre civilizado contempla su obra con satisfacción, habrá logrado su objetivo, ¿cuál es?

44. Volverlos complicados, obsesivos, locos. (2)

Tesis: volver al hombre no civilizado un ser complicado, obsesivo y loco: ¿cómo se prueba esta afirmación?

45. Su joven fervor por sus instrumentos y el lujo, por las mentiras de la técnica, le asegura al civilizado que ya se convirtieron en unos condenados, en compañeros de su mismo infortunio (1),

Por su joven fervor hacia los instrumentos, el lujo y las mentiras de la técnica, y es prueba de la condena y el infortunio al que ha sido convocado, es decir, es prueba de su inaugural complicación, obsesión y la locura. Este argumento está *basado en la existencia de lo real*, y es *inductivo*; se fundamenta en el *hecho* según el cual la complicación, la obsesión y la locura *coexisten subjetivamente* con el fervor por los instrumentos, por el lujo y las mentiras de la técnica.

(45a→) capaces de asistirlo ahora a él, de cargar sobre sus hombros una parte del peso agobiante, o, al menos, de cargar uno tan pesado como el suyo. (1)

La “promoción” consiste en el asenso del Otro al estatus de colaborador de los padecimientos del hombre civilizado, o por lo menos al status de hombre con capacidad para soportar dichos padecimientos. Como argumento de la oración 46, se trata de un argumento *basado en la estructura de lo real*, con carácter *cuasilógico-deductivo*, y se sustenta, como *verdad argumentativa*, sobre una *definición* con contenido *descriptivo*.

46. A eso llama “promoción”, palabra escogida para disfrazar su perfidia y sus llagas. (2)

Tesis: “promoción”, palabra-disfraz de la perfidia y de la enfermedad.

47. La civilización, con todo su aparato, está fundamentada en nuestra propensión a lo irreal y a lo inútil. (2)

Tesis: la civilización se sustenta sobre lo inútil y lo irreal: ¿por qué?

48. Si consintiéramos en reducir nuestras necesidades, en no satisfacer más que las indispensables, ésta se hundiría de inmediato. (1)

Argumento: la civilización se sustenta sobre lo inútil y lo irreal: si consintiéramos en reducir nuestras necesidades a lo indispensable, se hundirá inmediatamente. Es del tipo *Inductivo*, *basado en la estructura de lo real*, y se sustenta en la *sucesión causal* entre dos *hechos objetivos*:

la supresión de las necesidades a lo indispensable y el consecuente hundimiento de la civilización; luego, este nexo de causalidad probará el sustento que la civilización posee sobre la base de lo irreal y de lo inútil.

49. Así, para durar se reduce a crearnos siempre nuevas necesidades, multiplicándolas sin descanso (2), pues

La perdurabilidad de la civilización se garantiza por la multiplicación y renovación de las necesidades: ¿por qué?

(49ba→) la práctica general de la ataraxia le traería consecuencias más graves que las de una guerra de destrucción total. (1)

Porque la práctica general de la ataraxia sería su destrucción. Este argumento es del mismo tipo que el contenido en la oración 48, e incluye ahora la ataraxia, es decir, la imperturbabilidad, el desapego, el ideal Estoico como conducta racional y adecuada a la ley natural.

4. Evaluación

Este *Retrato del hombre civilizado* se dirige al *auditorio universal*, tal y como es nombrado convencionalmente en la Teoría de la Argumentación. Tiene, sin embargo, la particularidad de oponerse directamente a las creencias y al sistema de valores de dicho auditorio*. Este hecho desborda de suyo uno de los cánones fundamentales de aquella teoría, la cual consagra, como condición de persuasión, la sintonía que sobre dichas creencias y valores debe alcanzar el *orador*.

Con lo anterior no se quiere indicar, ni siquiera sugerir, el éxito que en dicha empresa pueda pretender alcanzar Cioran; por el contrario, se busca señalar el contenido ideológico de la teoría de la argumentación, pues la condición de persuasión erradica de contera cualquier posibilidad de apertura hacia lo novedoso y por tanto cualquier posibilidad de cambio o de renovación de las valoraciones tradicionales del auditorio. Pero no es esto lo que ahora interesa.

* No nos queda la menor duda de que el así llamado *auditorio universal* es realmente la racionalidad moderna de Occidente.

Para lograr retratar al hombre civilizado como un ser encarnizado en la erradicación de la diferencia, un ser vengativo, intolerante, falaz, lleno de una angustia incapaz de soportarse sola; un ser envidioso, pleno de necesidades vanas y ficticias, las cuales hacen de él un ser complicado, obsesivo y loco, y de cuya permanencia y propagación depende en última instancia la civilización, Ciorán procede –preponderantemente- de manera cuasilógica. Partiendo de una tesis con contenido general, el carácter deductivo de la argumentación lo conduce a realizar continuamente la emisión de tesis particulares, tesis para las cuales utiliza argumentos del tipo inductivo y abductivo, y a partir de estos, a su vez, retornar rápidamente a la generalidad.

Considerados en forma lineal -analítica, podría decirse- los periodos argumentativos sugieren una concatenación que bien podría sintetizarse en la tesis del numeral 1, el argumento del numeral 9, la tesis del numeral 19, el argumento del numeral 28, la tesis del numeral 40 y el argumento del numeral 49a, pues esta cadena argumentativa de carácter abstracto mantiene la argumentación en el plano de la generalidad.

Existen mecanismos interesantes: por ejemplo, la anticipación de leyes de paso como superación previa de posibles incompatibilidades, y como escalón útil a la prosecución de la argumentación, es decir, lejos de escabullírsele a las leyes de paso, Cioran las utiliza en su propio beneficio como escalones del discurso.

La presentación de los argumentos se realiza en los mismos *colores* y matices del retrato que se propone lograr, colores y matices de violencia, castigo, angustia e intolerancia.

La contundencia de la argumentación está mediada por una técnica literaria excelsa, y bastarían las tres últimas oraciones del texto, ligadas a la oración del numeral primero, para obtener un aforismo cuyo carácter cuasilógico sería impecable³.

³ El encarnizamiento por borrar del paisaje humano lo irregular, lo imprevisto y lo deforme, linda con la indecencia... La civilización, con todo su aparato, está fundamentada en nuestra propensión a lo irreal y a lo inútil. Si consintiéramos en reducir nuestras necesidades, en no satisfacer más que las indispensables, ésta se hundiría de inmediato. Así, para durar se reduce a crearnos siempre nuevas necesidades, multiplicándolas sin descanso, la práctica general de la ataraxia le traería consecuencias más graves que las de una guerra de destrucción total.

Cioran se mantiene en la línea de la sugestión, y evita de manera evidente dar cabida a los razonamientos y a las justificaciones. A este respecto es dicente la omisión de la palabra “porque”, o de frases como “por esta razón” y otras similares en la totalidad del texto. Lo anterior hace inseparables las exigencias estéticas de las condiciones de eficacia argumentativa.

Lo hasta aquí analizado permite extraer algunas conclusiones: un análisis de argumentación es inseparable de una interpretación, pero la finalidad de dicho análisis parece circunscribir las interpretaciones a niveles de interpretación y de abstracción que permanecen ligados estrechamente a la literalidad del texto. Como herramienta de análisis, la teoría de la argumentación se antoja más idónea en aras de la crítica (e incluso de la destrucción-deconstrucción de un texto-discurso) que en aras de su creación, pues todo acto de creación es inseparable de habilidades artísticas, lúdicas, técnicas e intuitivas que son inexpugnables para cualquier teoría con pretensiones de otorgar dichas habilidades o de definir las de manera apriorística. La técnica de análisis lineal, de tesis a argumento, imposibilita la realización de cualquier abstracción que pretenda capturar el sentido global de un texto, y orienta la crítica (la crítica a la cual dicho análisis da lugar) más hacia el plano de la dialéctica que hacia el terreno del diálogo constructivo o de la conversación.

Tanto para la lógica simbólica como para la teoría de la argumentación, el *sentido* es una entidad inaprehensible, y la creación de nuevos paradigmas, los mecanismos de persuasión-disuasión que lindan con lo *irracional*, lo inconsciente, lo humorístico o lo irregular hacen que aquéllas guarden silencio, hacen que ingresen en una especie de budismo zen.

5. Toma de posición frente al texto

Es difícil hacer abstracción de las cargas emocionales que nos ligan a los objetos; una cierta aquiescencia nos vincula de antemano con aquello que nos es agradable. Es lo que sucede al considerar este texto, pues una suerte de precomprensión, una especie de simpatía anticipada, casi un conocimiento previo, orientan las interpretaciones y el grado de aceptación que ya poseemos sobre él. Pero no pretendemos quedarnos al nivel del prejuicio.

El análisis de argumentación puede abrir vías para la objetividad*, y servir las condiciones para el desarrollo de un juego dialéctico-agonal con el autor. Mediante los elementos que aporta la teoría de la argumentación lo sometemos a la prueba de fuego del sofista, y evaluamos su capacidad para resistir las cargas explosivas instaladas en la base de sus argumentos.

Analizado en sí mismo, en su contenido inmanente, el texto de Cioran parece impecable desde el punto de vista argumentativo, es decir, en su cohesión y en su coherencia, aspectos que hacen alusión a la afinidad semántica y a la corrección en la técnica argumentativa, pero ¿sucederá lo mismo si el texto es sometido a un interrogatorio que lo considere en su aspecto general y conjunto, y en su relación con los comportamientos del autor? Hagamos el ejercicio con un diálogo ficticio:

(Cioran y Chaim Perelman, sentados a la mesa tomando un café. Cioran ha acabado de leer su texto para Perelman.)

Perelman: - <<Usted realiza un retrato del hombre civilizado: ¿se considera usted un hombre civilizado? Le pregunto porque el afán del civilizado por expulsar del paisaje de lo humano lo irregular, lo imprevisto y lo deforme es un fenómeno universal, de manera que usted admite en sí mismo la angustia, la intolerancia y la sed de venganza que denuncia en aquél ¿Está usted mismo retratado en el texto?>>

Cioran:- << Sin duda debo asentir al razonamiento que usted acaba de realizar>>.

Perelman: -<<Podría replicar que usted es realmente un estoico, y que, como tal, practica la ataraxia y la impassibilidad, razón por la cual su comportamiento sería incompatible con el deseo de convertir a cualquier otro: ¿desea usted, acaso, convertirlo a la ataraxia, a los dogmas fluctuantes, al desinterés? Si es así, y según el tenor de sus argumentos, usted debe padecer mucho a causa de aquellas actitudes, pues, si cada quien sólo puede salvarse a sí mismo, el hecho de realizar un proselitismo de los ideales estoicos indica su incapacidad para sufrir solo, e indica, por lo tanto, su anhelo de “salvar” a los demás de la tiranía de los dogmas>>.

□ Una objetividad que debe ponerse entre paréntesis. Siguiendo los planteamientos de Humberto Maturana, el ideal de la objetividad, tan caro al paradigma moderno del conocimiento, está negado para cualquier organismo vivo en tanto que vivo: sus percepciones están inexorablemente determinadas por su propia estructura biológica (por su especial configuración autopoietica), estructura cuyos elementos producen lo que dicho organismo experimenta como observador. De esto resulta que el llamado a la objetividad termine convirtiéndose en un argumento para obligar. Véase: Maturana, Humberto. *La objetividad, un argumento para obligar*. Santiago de Chile: Dolmen, 1997.

Cioran: -<<Está usted en lo cierto; no tengo ninguna objeción>>.

Perelman: -<<¿Es usted un escritor famoso?>>

Cioran: -<<Lamentablemente, sí>>.

Perelman: -<<Es decir, usted acepta de suyo los tormentos que aquejan al escritor, luego, usted acepta padecer también porque no vive ya en la tranquilidad del anonimato, y acepta, por lo menos, haber agujoneado a alguien para que participe de sus mismos tormentos. Si es un escritor famoso, entonces usted debe conocer esa situación>>.

Cioran: -<<Su razonamiento es completamente lógico, pero realmente quien me lanzó a la fama fue mi amigo Fernando Savater. No le tengo ningún rencor por eso, pero hubiera preferido que nada de esto hubiese sucedido realmente>>.

Perelman: -<<Si alguien, sedicioso y vengativo, lo estimuló a escribir y a publicar, ¿se lanzó usted a dicha empresa y no sabía lo que le aguardaba? Debe saberlo ahora que los privilegios del anonimato parecen haberlo abandonado>>.

Cioran: *(con rostro melancólico)* -<<No busco persuadir a mi auditorio de la maldad que se esconde tras los ideales de progreso y de promoción que esgrime el hombre civilizado para justificarse; busco disuadir a alguien de caer en la trampa de la civilización, de pretender convertir a los demás o de ingresar ingenuamente al grupo de los complicados, de los obsesivos y de los locos: busco disuadirlo de pretender abandonar la precaria condición de libertad que posea o desee poseer>>.

(La discusión podría continuar indefinidamente; Cioran y Perelman se miran, se sonríen, se levantan y se van).

6. Bibliografía

Cioran, Emil. *Retrato del hombre civilizado*. En: *La caída en el tiempo*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1967

Maturana, Humberto. *La objetividad, un argumento para obligar*. Santiago de Chile: Dolmen, 1997.

Perelman, Chair y Olbrechts-Tyteca, L. *Tratado de la argumentación*. Madrid: Editorial Gredos, 1989.